

FRIGIEL Y FLUFFY

EL BOSQUE DE VAROGG



**BASADO EN EL UNIVERSO
MINECRAFT**

FRIGIEL Y NICOLAS DIGARD

Planeta Junior

FRIGIEL Y FLUFFY

EL BOSQUE DE VAROGG

FRIGIEL Y NICOLAS DIGARD

Planeta Junior

A Juliette y a Robin, goblins de las costas irlandesas.
N. D.

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

© 2017 de la edición original en francés: Slalom, un sello de Place des Éditeurs, 12 avenue d'Italie, 75013, París, Francia
Título original: *Frigiel et Fluffy - Tome 3: La Forêt de Varogg*
Traducción: Traducciones Imposibles, 2018

Primera edición: abril de 2018
ISBN: 978-84-08-18572-7
Depósito legal: B. 5.112-2018
Impreso en España – *Printed in Spain*

«Minecraft» es una marca registrada de Notch Development AB.

Este libro es una obra de ficción y no está autorizado ni promocionado por Mojang AB ni por ninguna otra persona o entidad propietaria de los derechos del nombre, de la marca o del copyright Minecraft. Los otros nombres, personajes, lugares y tramas son o bien inventados por el autor o usados de una forma ficcional.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1



Frigiel se abalanzó sobre la puerta de hierro. Sus manos buscaron en vano un pomo o cualquier otro tipo de mecanismo de apertura. Pero la puerta era más lisa que el lago de Lanniel en invierno. Entonces, agarró los barrotes como se lo había visto hacer a su abuelo. Tiró de ellos con la energía de la desesperación, con la idea descabellada de hacerlos ceder.

—¡Abuelo! —gritó—. ¡Abuelo!

Pero la puerta no se movía ni un centímetro. El frío hierro le congelaba las palmas, y sus gritos se

perdían por el pasillo. Ernald no le oía. O, si le oía, Frigiel no conseguía oírle a él. O ¿quizá su abuelo estuviera demasiado débil como para contestarle? Sintió una oleada de inquietud, seguida por un sentimiento de impotencia que aumentó su ira. Con un grito de rabia intentó mover los barrotes de nuevo. Se colgó de ellos, tiró con furia, dio patadas a la puerta que lo privaba de su libertad y del encuentro que ya no esperaba. Su abuelo estaba ahí, separado por unos cuantos calabozos de piedra base, sufriendo, posiblemente enfermo. Y él, Frigiel, se pasaría el resto de su vida encerrado a unos veinte bloques, sin poder abrazarlo, sin poder hablar con él, sin poder ayudarlo y sin ni siquiera saber si estaba bien. Ernald podría morir al día siguiente, y, pasados diez años, Frigiel seguiría encerrado en esa sórdida celda sin saber nada.

Al pensar en aquello, se le hizo un nudo en el estómago. Apoyó la frente contra la pared gélida de la puerta. Miraba al suelo con los ojos fuera de sus órbitas. Se le revolvió el estómago, pensaba que iba a vomitar. En lugar de eso, un mar de lágrimas ardientes le empañaron los ojos. Rodaron por sus mejillas como si de un río se tratase. La pena, el dolor, le bloqueó las piernas. Se dejó caer sobre la húmeda piedra

base y sollozó de tal forma que se desgarró la garganta. Lloraba tanto que casi no podía respirar, su cuerpo no paraba de temblar. Lloraba por sus sacrificios, lloraba por todo aquello que había conocido y que nunca más volvería a ver, lloraba por su impotencia y su soledad.

Sollozó durante tanto tiempo y con tal desesperación que al final cayó en un sueño profundo. Abrió los ojos en medio de un sueño. Durante unos segundos, su imaginación proyectó delante de él la silueta de su habitación de cuando era niño, en Lanniel. Creyó reconocer el lugar donde había construido su primera caña de pescar, el baúl donde guardaba los regalos que Ernard le traía de sus viajes. Incluso le pareció oír el canto de los pájaros del bosque de Ardan. Pero entonces el hedor a pescado de la prisma¹ le impregnó las fosas nasales, la oscuridad recobró su densidad y el choque de las cadenas con sus pies lo

1. He tenido la inmensa suerte de ver un día con mis propios ojos un bloque de prisma. Era una piedra preciosa. Según la leyenda, se encuentra únicamente en los monumentos submarinos como la ciudad sumergida de Suratán. Es de un color verde que cambia con la luz, pasando de un azul cielo a un rosa muy sutil. De ahí que sea tan cotizada para las artes decorativas. Es una lástima que huelga tan fuerte a pescado. (*Enciclopedia del Saber Aproximado*, de Morgon el Erudito, p. 107.)

devolvió a la triste realidad. Sintió de nuevo un nudo de desesperación en la garganta.

Un quejido lastimero le impidió dejarse llevar de nuevo por su tristeza.

—¡Fluffy! —gritó.

Se incorporó con dificultad ya que estaba exhausto. Con paso inestable, se dirigió hacia la pequeña jaula donde Huggin, el director de la cárcel, había encerrado a su perro. Se sentó delante de él.

—¡Guau! —ladró con tristeza su amigo.

—No te preocupes —lo tranquilizó—, voy a sacarte de ahí.

Frigiel buscó el mecanismo de apertura. Encontró una cerradura, pero no la llave. No podía liberar a su perro; ni sujetarlo en su regazo. La situación era tan injusta y tan desesperada que no pudo evitar soltar una risa de desilusión.

—No podemos caer más bajo, ¿a que no, Fluffy? —dijo—. En una celda de piedra base, en el fondo del mar...

Era todo tan absurdo que hasta resultaba gracioso. Una risa triste le sacudió los hombros. Apoyó las manos contra la reja y pudo sentir el hocico de su perro. Su lengüecita rosa se coló por entre los barrotes para lamerle la palma.

—¡Guau! —ladró Fluffy, alegre por haber encontrado a su amo. Y Frigiel oyó cómo su amigo agitaba la cola con alegría y golpeaba las paredes de su jaula.

Sonrió. Una vez más, su perro le había dado una lección que nunca olvidaría. Con ese ladrido tan alegre quería decirle: «No importa dónde estemos, si estamos juntos». Y era cierto que, a su manera, Fluffy siempre había estado a su lado con su inocencia y optimismo de perro que lo obligaba de vez en cuando a centrarse en lo que de verdad importaba.

Una gota de agua aterrizó sobre la frente de Frigiel, que alzó la mirada. El techo estaba húmedo, como el resto de la cárcel. Pensó en Lludd Law y en su barco, arriba del todo, en la superficie de la bahía Azul. Ya debían de haberse ido. Y, de hecho, sintió cómo un cosquilleo familiar le recorría lentamente las manos. La magia circulaba de nuevo por su cuerpo.

Una segunda gota de agua cayó sobre su frente.

Agua.

Siguiendo su instinto, el joven se incorporó. Examinó toda la cárcel. Pero no había ni una sola grieta en los bloques de piedra base. No, el punto débil de la celda era la puerta de hierro. Intentó recordar la primera lección de magia del agua que Olvir, su Sukkal, le había enseñado en Jakar.

—Cuando creo una ilusión —dijo para sí—, utilizo las partículas de agua que hay presentes en el aire. Si pudiera manipular la humedad de mi alrededor...

Se sentó en el cuadrado de luz que dibujaba a través de los barrotes una calabaza iluminada colgada en la pared del pasillo. Frigiel nunca había hecho magia sin esencias. Valmar le había explicado que algunos magos podían extraer la energía mágica directamente de un bloque. Este se transformaba entonces en piedra base, y el mago podía lanzar su hechizo enseguida, sin necesidad de hacer el encantamiento con esencias mágicas. Pero le había advertido que solo unos pocos magos lo conseguían, y después de muchos años de entrenamiento. Entonces ¿cómo podría extraer la energía de unas pocas partículas de agua que flotaban en el aire? Una sonrisa se le dibujó en el rostro.

Iba a ser muy complicado, le llevaría mucho tiempo, pero, precisamente, el tiempo le sobraba. Era lo único que le quedaba. Si quería salir de ahí y salvar a su abuelo, debía romper la puerta. Así pues, aunque le costara semanas o meses, conseguiría concentrar la humedad de esa celda en un fuerte proyectil de hielo que haría volar en pedazos la puerta de hierro.

Decidido, cerró los ojos, apoyó las manos sobre las rodillas y se concentró. Notó que la celda estaba fría y

húmeda y, a varios bloques de distancia, podía sentir bajo la piel el calor que emanaba de la luz de la antorcha. Era una sensación leve, lejana, pero, como le intrigaba, no pudo evitar pensar en ella. En ese momento, sintió que el cosquilleo de la magia le invadía los brazos. Surgió tan rápido que se sobresaltó. ¡La magia estaba allí, presente! ¡Solo había que utilizarla! El joven mago se calmó e intentó canalizar la energía. Se preparó mentalmente para recibir esa terrible sensación de ahogo, ya familiar, para crear desde dentro de su ser ese proyectil de hielo que le congelaba la sangre. ¡Estaba a punto de conseguir hacer un hechizo sin esencias! ¡Ahora!

Frigiel no se esperaba en absoluto lo que ocurrió a continuación: le pareció ver una luz tenue y blanca agrandándose desde un punto situado encima de su ombligo. Era suave y pura. Cuanto más grande se hacía, más lo envolvía y más deslumbraba. Sintió su caricia bajo la piel. De repente, la luz se intensificó, volviéndose cegadora. Los ojos le comenzaron a arder. Le dolían tanto que las lágrimas le caían por las mejillas. Un destello luminoso le estalló en la cabeza y lo empujó hacia atrás. Golpeó con la cabeza el suelo y perdió el conocimiento.